

Grupo Interamericano de
**Reflexión
Científica**



El estilo del fútbol argentino: ¿Qué es “la nuestra”?

Lic. Eduardo Freddi

Egresado como Licenciado en Periodismo por la Universidad Nacional de Lomas de Zamora en 2003,

Docente de la Universidad del Salvador y la UADE, actualmente se desempeña como profesor de las materias Teoría de la Comunicación II, Medios II, Expresión

oral y escrita II y Taller de Periodismo I y Tecnología Radial. Dicta diferentes talleres de radio en instituciones secundarias.

Obtuvo una mención especial en el concurso periodístico-radial "Solidaridad en la Ciudad de Buenos Aires" organizado por la Universidad Austral y Metrovías (2004).

(Continúa Pág. 2)

Lic. Eduardo Freddi
(Viene de Página 1)

Tiene una extensa trayectoria en diferentes radios zonales del conurbano bonaerense como conductor y productor independiente.

Es periodista y actualmente dirige Radio de autor, una productora de contenidos específicos para radio (www.radiodeautor.com.ar).

Es miembro fundador del Grupo Interamericano de Reflexión Científica

El estilo del fútbol argentino: ¿Qué es “la nuestra”?

A mí me encantaría que nuestra identidad fuera - para simplificar- la que se dice desde el menottismo, de la pelota bien al piso, pero me parece que no es exactamente eso o por lo menos no solamente eso. Que desde hace años existen debates sobre si jugamos fútbol de fuerza o fútbol de técnica. No es nuevo, pero uno revisa los libros y encuentra que en el año treinta ya se debatía eso. Y los hermanos Brown inclusive debatían esas cuestiones. (Los hermanos Brown formaban el mítico equipo de Alumni, campeón entre 1901 y 1911) Me parece que con ese ombliguismo que tenemos creemos que es una cosa nuestra, patrimonio nuestro, el menottismo, el bilardismo. Me parece que acá ese debate lo exageramos pero no es exclusividad nuestra. Además, me parece que no está tan claro como se dice desde el menottismo que sea solamente la pelota al piso, la técnica, y , o como se dice actualmente o desde lo que sería el bilardismo, que se acabó todo y que nuestra identidad es la garra y la fuerza. Yo creo que un Orteguita, un Saviola, un Riquelme, no surgen casualmente en la Argentina. No es casual que surjan aquí. Pero creo que tampoco son exclusivos. Me parece que hay algún rasgo de una técnica interesante pero me parece a su vez que esto no excluye lo otro, la potencia. ¿Es lo mismo Batistuta que Orteguita? No, son completamente distintos y los dos son argentinos y los dos juegan bien. Los dos ganan. Entonces, la polémica por momentos me parecía estéril porque se proponía como que uno tenía que eliminar al otro -que es muy propio de lo nuestro en los debates- que hay que eliminar al que piensa distinto o no existís. Pero me parece que el debate gira en torno de las preguntas por identidad del fútbol: ¿cambia? O ¡nada cambia! ‘Pero... ¿Nada cambia?’ es la pregunta. Es decir ¿ya no hay más posibilidad de cambio en la técnica del fútbol? ¿Qué es hoy el fútbol? Y actualmente, más allá de Menotti y de Bilardo ¿cuál es nuestra identidad?

¿Quién es capaz de poner en duda que hay un fútbol argentino? Existe un fútbol nacional auténtico y nuestro, de la misma manera que hay un estilo argentino de vida. (César Luis Menotti, ex técnico de la selección argentina)

Más que una estética.

El historiador norteamericano Nicolás Shumway es un estudioso de la tradición argentina. En su libro *La invención de la Argentina* desarrolla un concepto que se aplicará en este ensayo: *ficciones orientadoras*.

Según Shumway *las ficciones orientadoras de las naciones no pueden ser probadas, y en realidad suelen ser creaciones artificiales como ficciones literarias. Pero son necesarias para darles a los individuos un sentimiento de nación, comunidad, identidad colectiva y un destino común nacional.*

Un ejemplo argentino de ficción orientadora es, en de 1931, “El hombre que está solo y espera” de Raúl Scalabrini Ortiz. En este libro, el autor diagrama la personalidad porteña y la traslada al ser nacional. Concretamente afirma que *un escupitajo o un suspiro que se arroja en Salta o en Corrientes o en San Juan, rodando en los cauces algún día llegan a Buenos Aires. El hombre de Corrientes y Esmeralda está en el centro mismo, es el pivote en que Buenos Aires gira.*

Scalabrini Ortiz plantea un modelo del ser nacional que ya no es más el gaucho del Martín Fierro, ni el indio, ni el porteño colonial. Es el hombre urbano, de ciudad, descendiente de europeo pero con particularidades que lo hacen totalmente diferente. El nuevo hombre está enmarcado dentro del *espíritu de la tierra*, es el espíritu que forma el ser nacional, que protege la tierra, lo nacional. *El espíritu de la tierra* es el concepto central de la teoría de Scalabrini Ortiz. A través de él desarrolla toda su teoría acerca de cómo debe ser un porteño (léase argentino). Es el homogeneizador de identidad.

La ficción orientadora de Scalabrini no sólo sienta las bases de un supuesto ser nacional, sino que se relaciona, coyunturalmente, con la conformación de otros tipos de ficciones. El punto de contacto que

interesa a este ensayo es el que se establece con el fútbol. Más precisamente la vinculación entre Scalabrini Ortiz y la fundación de “la nuestra”.

Espectáculo moderno, de acción continuada, de belleza apasionante y de improvisación continua de situaciones, condimentado con ese granito de pimienta criolla, nuestro ingenio lo acondicionó para poder gustarlo. Lo necesitaba, y podemos asegurar que las habilidades criollas son las que decidieron ese amor que le profesamos. De por sí solo, aquel fútbol inglés muy técnico pero monótono no habría logrado ejercer la influencia requerida por el espíritu de nuestras multitudes. Carecía de ese algo típico que nos llega a lo hondo, que nos enronquece la voz en un grito que surge del corazón cuando la pelota es recogida por la red temblorosa; y tuvimos que adornarlo con el dribbling que encandila las pupilas, que es patrimonio de estas tierras.

Así como la constitución nacional tiene su preámbulo, este fragmento del periodista deportivo Eduardo Lorenzo “Borocotó”, escrito para la revista El Gráfico en 1928, sirve como prólogo explicativo de “la nuestra”. En una serie de artículos posteriores, Borocotó profundiza los conceptos anteriores. Es en uno de los ficcionarios orientadores del fútbol argentino durante los mismos años en que Scalabrini construía al porteño. Los textos de “Borocotó” explican y construyen una nueva forma de jugar al fútbol. La propia del argentino.

Durante el final de la década del ‘20 y principios de la del ‘30 se va gestando un movimiento resignificante de ciertas costumbres y tradiciones nacionales. En el caso del fútbol, concretamente, se observa también un intento de redefinición. ¿Por qué redefinición y no definición? Se puede decir que el fútbol ya existía en la Argentina desde fines del siglo XIX. Pero fue “Borocotó”, a través de sus artículos en la revista El Gráfico, quien empezó a echarle un vistazo autóctono. Hasta la incursión de este periodista, el fútbol era un deporte inglés que jugaban los argentinos.

Los orígenes del fútbol en la Argentina se remontan a la segunda mitad del siglo XIX. Se tiene conocimiento de que los marineros británicos que llegaron al Río de la Plata lo practicaban ya antes entre ellos, en los terrenos aledaños al puerto de Buenos Aires. Sin embargo, la primera organización para la práctica del fútbol asociado entre residentes tuvo lugar años más tarde, en 1867. Si bien el fútbol nació

en los colegios británicos de Buenos Aires fue el piberío porteño el que lo aclimató. Cuando los ingleses o hijos de ingleses jugaban en los terrenos baldíos, nuestros muchachos, apoyados en el alambrado, contemplaban desde afuera, la técnica de aquel "juego de locos". Les gustó. ¿Por qué? Porque se amoldaba a su temperamento. Las corridas y gambetas detrás de la pelota removían los viejos instintos del gaucho que aprendió del ñandú a conquistar su libertad gambeteándole a la muerte. Además, ¡era lindo!... Y fue entonces cuando los pibes llevaron el fútbol a los potreros del suburbio. Allí inventaron la pelota de trapo y le agregaron al deporte el ingenio de su picardía.

A partir de los años '20 comienza, entonces, este movimiento refundador. Esto no significa que "la nuestra" existe sólo por los textos periodísticos. Pero son estos los que le otorgan densidad histórica al fenómeno futbolístico nacional. De hecho, a principios de 1910 ya se estaba gestando un estilo argentino que será detallado posteriormente.

Por todo esto se puede afirmar que "Borocotó" es al fútbol lo que Scalabrini al ser nacional. Borocotó" realiza una operación en el fútbol, similar a la que Scalabrini realiza con lo social.

Los mismos que se apilan en el tango se apilaron a los europeos, quienes nos dirán ahora que somos sus descendientes. De acuerdo. Pero como es del labrador el árbol que éste plantó en la Pampa. El tango quejumbroso el ombú legendario, el cimarrón compañero de confidencias. Mancha y Gato, caballitos que llegaron a los Estados Unidos, el chiripá bordado, los cielitos que cantaron los Santos Vega, el alma rebelde que heredarnos del montonero. La Pampa hospitalaria, los consejos del Viejo Vizcacha, el tintineo de las nazarenas y otras muchas cosas más que me callo, siempre las habíamos considerado bien nuestro; pero no estábamos seguros de que también nos pertenecía el mejor fútbol del mundo.

En este otro fragmento de Borocotó se puede advertir el mismo procedimiento que se insinúa en *El hombre que está solo y espera*. Scalabrini reconoce el origen de lo nacional en lo foráneo cuando afirma que *el porteño es una combinación química de las razas (europeas) que alimentan su nacimiento*. Pero luego aclara que...*el testimonio de lo porteño circula en una sistematización formalmente europea, mantenida casi intacta en el trasplante. Lo que ha variado es la sustancia. El que mire fisonomías o hábitos creerá estar en Europa, no el que observe pulsos o inspiraciones.*

Ambos autores reconocen un principio extranjero (del ser nacional y

del fútbol). Pero advierten un proceso diferenciador, y superador en el caso de “Borocotó”, en el desarrollo de esa gestación. Para Scalabrini el porteño sólo tiene fachada europea pero el espíritu es propio (el de la tierra) por más que descienda de este. Para Borocotó el fútbol argentino no sólo es distinto, sino que supera a sus propios genes.

Se puede llegar de esta forma a una primera conclusión respecto del papel de “la nuestra”. En realidad no importa si el estilo es “lujoso” o “rústico”. De hecho un equipo de fútbol, en determinadas circunstancias de un partido, oscila entre esos dos parámetros. Lo que interesa es para qué surge el modo propio. Cuál es la razón de existir de esa manera, más allá de sus virtudes o defectos estéticos dentro de un campo de juego.

En una época de búsqueda y construcción de identidad; y de redefinición de ciertas pautas culturales, “la nuestra” es futbolísticamente fundacional. Allí reside su importancia, no en el contenido sino en su esencia, no en la fisonomía sino en su sustancia. Es la argentinización del fútbol. Es más que una estética de juego (aunque la contenga). Es una forma de afianzar la pertenencia a un lugar. Es un documento de identidad.

El periodista Ariel Scher, escritor de varios libros sobre deporte y sociedad (“La patria deportista” y “Fútbol pasión de multitudes y de elites”) sostiene que *así como el deporte en el siglo XIX se va construyendo como una referencia para constituir la identidad de las clases altas europeas, para ser un porteño en el sentido original y clásico del término había que ser tanguero, futbolero y una serie de categorías más. Es decir, ser un hombre porteño implicaba, durante mucho tiempo, incluir al fútbol en su práctica de conversación social, de identidad social de, de referencia social.*

Se puede observar como ambos autores, Borocotó y Scalabrini, utilizan como piedra fundacional lo porteño. Es el hombre de Corrientes y Esmeralda el que está en el centro de la escena, así como es el fútbol porteño el que le da origen a un estilo nacional.

“La nuestra” nacionaliza supuestas e improbables particularidades porteñas. Una máxima del fútbol afirma que *“el exponente por excelencia del jugador habilidoso es aquel que surgió de los potreros de Barracas (barrio del sur porteño)”*, como si en esos parajes funcionara como una especie de paraíso otorgador de talento autóctono. Que se corresponde con la de Scalabrini: *un escupitajo o un suspiro que se arroja en Salta o en Corrientes o en San Juan, rodando*

en los cauces algún día llega a Buenos Aires, que manifiesta la paternidad porteña sobre el supuesto ser nacional.

Cabe una aclaración. No se plantea un acuerdo preestablecido entre ambos autores. Es el contexto histórico el que los vincula. Un contexto donde se estaba empezando a definir una nueva interpretación de lo nacional, del ser argentino. No se traduce en: *se juega como se vive*. Simplemente, lo que se quiere explicar es para que, en el ámbito futbolístico, se inventa el estilo propio, su funcionalidad. De hecho existe una diferencia clara entre Borocotó y Scalabrini. El primero define al fútbol como una actividad colectiva: *El fútbol es el deporte colectivo del criollo. Mientras que el segundo, ya desde el título de su obra, define una sociedad individualista.*

Hasta aquí se intentó un análisis aproximativo del papel de la identidad futbolística dentro de un conglomerado mayor: la sociedad. La estética propia del fútbol tiene su lógica interna y su historia particular.

La Argentina es un país inventado. Como toda América, en la ficción de su "descubrimiento" y en la violencia de su conquista y ocupación; pero también, en una nominación que supone, imaginariamente, un territorio de riquezas y sólo la encuentra en el bautismo: "tierra de la plata". Y además, en su dificultosa construcción como Estado Moderno durante el siglo XIX, la Argentina es objeto ya no de una, sino de varias invenciones: las guerras civiles que marcan la historia entre 1810 y 1880 no son sólo intercambios bélicos, sino también furiosas y encontradas batallas discursivas donde se dirime una hegemonía; lo que las guerras deciden, finalmente, es la capacidad de un sector para imponer de manera definitiva un sentido a toda la Nación. Ese proceso es el que le permite a Nicolas Shumway hablar de la invención de la Argentina como la "historia de una idea". Antes que el relato del establecimiento de un Estado, de un espacio geográfico, de un corpus legal, la historia argentina es un juego de discurso. Ese proceso recorre distintos caminos. Necesita de ritos de pasaje: si lo nacional se construye en el fútbol, hay que explicar el tránsito de la invención inglesa a la criollización. Necesita de una práctica de diferenciación: el par nosotros / ellos encuentra su expresión imaginaria en un estilo de juego, más narrado que vivido, pero de una gran capacidad

productora de sentido. Necesita del éxito deportivo que vuelva eficaz la representación de lo nacional: allí están la gira europea de Boca Juniors en 1925, la medalla de plata en las Olimpiadas de Ámsterdam de 1928, el subcampeonato mundial de 1930 en Uruguay.



Las antinomias futbolísticas: El origen de “la nuestra”

El fútbol ayuda a construir la imagen de "uno" a partir de las diferencias con el "otro" o los "otros" masculinos en plural (Eduardo Archetti, antropólogo)

El primer gran equipo del fútbol argentino estuvo conformado por jugadores de descendencia inglesa: Alumni. Este club fue el gran dominador desde principios del siglo pasado hasta 1911. Desde 1900 hasta 1911, año de su disolución, ganó diez de los doce campeonatos argentinos que disputó. A partir de allí surge Racing Club de Avellaneda. El nacimiento futbolístico coincide con el ocaso de Alumni. Se inicia de este modo una serie triunfal en la que conquista 9 campeonatos, siete de ellos consecutivos y cinco invictos entre ese 1913 y 1925. En la serie de 7 torneos seguidos, el Racing Club cumplió la hazaña de solamente perder cinco encuentros de los 129 que disputó. Pero tal vez el mayor mérito de La Academia -como comenzó a llamársela en aquel tiempo- haya sido el de rescatar para el pueblo los primeros ídolos nacionales.

Racing es el primer equipo estéticamente argentino. Pases cortos, habilidad individual, improvisación. Como su apodo lo dice: una “Academia”. Y no es inocente este apelativo. Es una posible respuesta al origen inglés de nuestro fútbol. Llamar a un equipo argentino La Academia es otorgarle un grado de educador en cuestiones futbolísticas. Pero, como veremos en otro ejemplo, no sólo es la estética lo que afirma un estilo sino también los resultados.

Otro dato ilustrativo es que la oposición en la que se funda “la nuestra” es hacia todo vestigio de lo británico, separado del resto de Europa. La gran mayoría de los equipos, inclusive Racing, estaba formado por descendientes de europeos (italianos, españoles, alemanes) pero no ingleses. Nuevamente el componente europeo se torna fundacional pero luego se transforma y adquiere particularidades propias de lo argentino.

Los inmigrantes y sus sociedades parecen haber jugado un papel importante en la popularización del fútbol. Varias de las copas que figuran en la lista de trofeos obtenidos a comienzos de siglo por algunos de los clubes grandes se originaron en sociedades de

inmigrantes. En suma, los inmigrantes jugaron un rol activo en la difusión del fútbol, pero ésta y la voluntad asociacionista que conllevaba parecen haber sido relativamente independientes de la división entre nacionalidades; por el contrario, los clubes ofrecían un marco de integración.

Es indudable que el fútbol argentino tiene genes ingleses. Algunos equipos fueron bautizados con nombres británicos (River Plate, Racing, Boca Juniors). Pero es el hijo malcriado. Es el vástago que reniega de la tradición patriarcal. Es una identidad adquirida desde las antinomias. En esta premisa se encuentra una de las posibles explicaciones estilísticas de “la nuestra”. Pero en realidad: ¿el hijo porteño nunca quiso parecerse a su progenitor o nunca pudo parecerse y por eso buscó diferenciarse categóricamente? Las preguntas no tienen respuestas concretas. Pero existen algunos indicios que puede explicar porque el argentino jugaba como se decía que jugaba.

El Licenciado Eduardo Archetti es antropólogo y trabaja en la Universidad de Oslo, Noruega. Es especialista en temáticas relacionadas con el fútbol, el polo y demás deportes, fundamentalmente en sus vínculos con la expresión de los imaginarios colectivos.

Creo que Borocotó, al edificar su discurso, estaba dando una lección que él suponían sería canónica. Hay un objetivo intencional en la creación de un texto histórico a partir del presente y el presente era el gran éxito del fútbol argentino desde 1924 hasta el '30. Comienza en el año 1924, antes de la gira de Boca, con la derrota del equipo inglés del Plymouth. Hasta esa época no le habíamos podido ganar a los ingleses.

Arquetti investigó el origen del estilo del fútbol argentino en comparación con el inglés. Leyó varias crónicas de la época para determinar cuál era la ficción orientadora en la que se sustentaba ese fútbol. *Lo que es apasionante, es lo que leo en el diario "The Standard". Las crónicas de fútbol de este diario son una maravilla. Y las crónicas sobre la visita de los equipos ingleses son también una maravilla. Ahí está todo el imaginario. Todos los grandes equipos ingleses que nos visitan, nos golean, y The Standart trata de demostrar que juegan scientific-football todo el tiempo, y la competencia del "heading", son maestros en cabecear. También son maestros en las pelotas largas. Daban una clase de fútbol y además, nos ganaban siempre.*

Es claro el contraste que existe, contemporáneamente, entre ciertas

ficciones orientadoras inglesas y las argentinas. Mientras los británicos promulgaban el fútbol científico, físico, controlado, y previsible; en la argentina se hacía gala de la improvisación y de factores aparentemente innatos como el talento. Las antinomias se tornan evidentes. El hijo quiere diferenciarse del padre. Pretende labrar su propio camino.

El sueño de todos los niños era el llegar a ser Olazar o Piendibene, y recuerdo que uno de mi edad me confió la siguiente reflexión: "Si durante todos los días juego cuatro horas, dentro de cinco años podré ser centreforward internacional". No olvido el efecto que me produjo ese razonamiento, producto de un ferviente deseo. Advertí en él algo de las fórmulas de matemáticas aprendidas en la escuela, las cuales no eran aplicables al fútbol. El internacional envidiado estaba muy lejos de nosotros y su arte nos era inaccesible. No se llegaba hasta él por medio de un plan sistemático, de un entrenamiento de tantas horas diarias durante determinados años. De ahí que ningún fruto podría darle al iluso esa decidida dedicación si ella no era completada con el factor "pasta". Y por desgracia mi amigo carecía de lo indispensable. Y al comprobar que los progresos no se revelaban pese al esfuerzo impuesto por su voluntad, resolvió hacerse corredor pedestre. No le fue mal: conquistó algunos triunfos de importancia en los 800 llanos. En esta otra faz deportiva, el entrenamiento y las condiciones físicas le valieron las victorias que le negó el fútbol por una evidente falta de habilidad que no la proporcionan las matemáticas del entrenamiento.

“La nuestra” comenzó a afianzarse con las giras que Boca Juniors y San Lorenzo de Almagro realizaron por Europa. Los resultados, más allá de las discusiones ideológicas desarrolladas a posteriori, también apuntalaron la creación del imaginario.

El 5 de febrero de 1925, en el Vapor de la Carrera a Montevideo, parte el plantel de Boca reforzado con otros jugadores de gran categoría. Entre ellos estaba Octavio Díaz, de Rosario Central; Manuel Seoane, de El Porvenir, quien fuera figura destacada en Independiente, y Cesáreo Onzari, de Huracán. En la capital uruguaya trasbordan al Formose y el 27 de febrero llegan a Vigo. Debutan el 5 de marzo frente al Celta de esa ciudad; ganan 3-1 (Cerroti 2 y Onzari). Desde ese partido y hasta el 7 de junio, que enfrentan a Olympic Français, en París, y ganan 4-2, juegan en total 19 cotejos, ganan 15 empatan 1 y pierden 3. Convierten 40 goles -una sola vez, en Irún, no pueden quebrar el cero- y su arco sufre 16 caídas. Con 12 tantos, Manuel Seoane fue el goleador del equipo y Cerroti y Médici tuvieron asistencia perfecta.

La repercusión que tuvo esa gira fue un espaldarazo fundamental para la fama del fútbol, argentino. En este sentido, Archetti explica la trascendencia de estos encuentros. *Había pensado en mis fantasías, en un historiador argentino que supiera varios idiomas, que fuera y se instalara en Francia, en Italia, en España y reconstruyera penosamente todo el imaginario sobre los jugadores argentinos de la década del '20 al '30 que es fortísima. Pensá en el impacto de las giras de San Lorenzo de Almagro. En Europa, en 1946. ¡Todavía perdura! Por esa gira, y teniendo en cuenta que "La Máquina" nunca fue allá, encontrás textos que dicen "el mejor equipo del mundo está en el Río de la Plata y es La Máquina" quizá porque vieron jugar a San Lorenzo. Porque si San Lorenzo jugaba así, los europeos se preguntaban ¿cómo sería el campeón?, ¿cómo será ese equipo? ¿cómo jugarán? Y claro toda la gente cuenta en el imaginario: jugarán de memoria. Después eso se reproduce cuando llega Di Stéfano. El se convierte en el más grande jugador europeo de una década. Admirado por todo el mundo y resulta que era suplente, no jugaba en "La máquina". Este tipo era suplente de aquel equipo. Eso es más fuerte que cualquier otra cosa para la reproducción de este imaginario.*

La estética no se consolida sin el resultado. Ni el resultado puede prescindir de la estética en pos del afianzamiento de un estilo. Ganar y jugar bien no son cuestiones incompatibles. Aunque los conceptos de jugar bien o jugar mal tienen un nivel extremadamente subjetivo que no es menester de este trabajo. De hecho, "la nuestra" es mucho más que una estética o un resultado: es *el espíritu de la tierra* futbolístico. Es una creencia que funda una identidad. Podría haber sido otra, sin duda. De hecho puede que "la nuestra", como acontecimiento futbolístico concreto desarrollado dentro de un campo de juego, nunca haya existido. Tal vez los argentino no jugaban como "Borocotó" decía". O tal vez sí. Pero este ensayo no busca comprobar estéticas de juego, sino recorrer la ruta histórica e ideológica de un tipo de discurso fundacional. Comprobar o demostrar si "la nuestra" existió como creencia, como mito fundacional, como discurso legitimador de un estilo argentino de jugar al fútbol. Los fragmentos de textos intentan avalar esta hipótesis.

Dentro de este imaginario fundacional futbolístico existen otros componentes que continúan explicando y apoyando la antinomia entre lo inglés y lo argentino. El topográfico es uno de ellos. Representado por dos lugares legendarios: el potrero y el empedrado. Estos dos

espacios físicos son los formadores de la habilidad propia del porteño. Así como lo es la playa y la arena en el imaginario brasileño.

El potrero es el lugar de práctica. Y dado que ese terreno es de suelo irregular, el jugador desarrolla diferentes habilidades: precisión en el control del balón, exactitud en la entrega del mismo (cualquier irregularidad terrestre puede desviar el esférico a un adversario), habilidad en la finta al adversario; y despliega otras estrategias: pases cortos para asegurar la posesión del esférico, agrupamiento en pos de mantener diferentes opciones de pase. Se podría decir que la irregularidad del terreno es directamente proporcional a la habilidad que desarrolla el futbolista. Este análisis se contraponen al imaginario inglés que pregona un fútbol basado en pases largos y preponderancia del juego aéreo (centros y cabezazos).

Todas estas explicaciones son evidentemente subjetivas ya que en la conformación de una estética coexisten gran cantidad de variables (psicológicas, motoras, psicofísicas). Y, como causa fundamental, la intención de este ensayo es traspasar el límite de la estética de “la nuestra” en pos de aproximarnos a una explicación histórica social.

Desde luego que no se niega la discusión sobre estilos (léase fútbol científico versus improvisado; o como se explicará en la conclusión la antinomia menottismo-bilardismo) que puede enriquecer o no la *belleza* de este deporte. Pero, en realidad, lo que busca este ensayo no es el *como* ni en el *que* sino el *para que*. Se intentan rastrear los motivos de *inventar* un fútbol argentino independientemente de cómo se juegue ese fútbol.

Seguramente quedará para otros trabajos la tarea de develar el mapa genético estilístico y determinar si la gambeta y el caño son más efectivos que el toque y la descarga (para hablar en un lenguaje futbolero). O si el argentino posee una forma de juego inalterable en el tiempo.

Sólo se han intentado exponer ciertos aspectos futbolísticos a modo de contextualización y como apoyo a la explicación más profunda.

La realidad es fuerte pero los mitos funcionan. El mito del estilo funciona. Cuando se dice que estamos jugando mal, pregunto, jugando mal respecto de qué. Y ahí sale, se recrea el mito: la "nuestra". Y vos le decís: "pero eso ya está, eso es viejo". Y, sin

embargo, tenemos la oposición permanente entre Bilardo/Menotti. Ayer, por ejemplo, con uno de mis informantes, un chico que es hincha de Estudiantes de la Plata, tuvimos una larga charla sobre todo esto porque él también dice que se está jugando mal "la nuestra". Y le digo "pero bueno, respecto del fútbol de Bilardo, ¿hay alguna diferencia? Porque Bilardo quería que jugaran así nuestros equipos". Y mi informante me dijo dos cosas bárbaras (tiene una gran intuición, es un tipo que ha visto mucho fútbol): "mirá ¿viste cómo jugó la Argentina contra Brasil?: Ahí Pasarella puso un líbero y dos marcadores hombre a hombre. ¿Viste que no supieron hacerlo? Porque ya nadie se los enseña. Bilardo les enseñaba. En la época de Bilardo todos hacían eso. Ahora no hay nadie, los ponés y no saben qué hacer. Perdieron la marca todo el partido. Esa es una cosa -me dice-. La segunda cosa, mirá, para serte sincero, cuando yo te digo que se juega mal ¿sabés qué tengo en la cabeza? Yo no tengo en la cabeza el Estudiantes de la Plata, tengo que ser sincero". "Y ¿qué tenés en la cabeza? -le digo-". "'Y... -dice- la "nuestra". "Y la nuestra es un tipo que la para, gambetea elegantemente, hace un sombrerito en el área; cuando te ponés pipón de fútbol, saliste alegre, salís tan alegre que te cambió el día... Ahora no, vas a ver un partido y salís mufado. ¿Viste? todos trabados... se golpean, se caen, putean. Salís amargado. En cambio antes, imagináte que tenés un caballo y tenés adelante un campo libre... y galopás... así, ¿viste?, esa misma sensación en los partidos". Y la gente está con esa ideología de creatividad, de gran libertad. Yo creo que eso es muy fuerte.



Construcciones y creencias.

Es que no sólo los jugadores y los técnicos han perdido romanticismo. También la gente se ha vuelto más realista y exige nada más que resultados. Ya no existe la bohemia de antes. Hoy el mensaje es claro: si ganás servís, si perdés, no. (Adolfo Pedernera, jugador de fútbol en las décadas s del '40 y '50)

Como se ha dicho, la idea central de este ensayo es la de profundizar el origen del fútbol argentino como IDENTIDAD NACIONAL. Las alusiones al estilo y a la estética son parámetros guía para la investigación. Ambos se relacionan en que no son otra cosa que la puesta en escena de una identidad futbolística. La discusión Menottismo versus Bilardismo es una compulsión estética y estilística. Es un reduccionismo retórico. La historia del fútbol argentino excede (aunque incluye) a estos dos personajes. Como cualquier historia de una nación es más que la suma de sus actores. No tiene sustento una discusión que embarulle en la misma bolsa el resultado y la forma de jugar. Seguramente, sistema y resultados se vinculan, pero la relación entre ambos no es directamente proporcional. Ni el “buen” juego asegura triunfos, ni el “mal” desempeño desencadena irremediables derrotas. No es una fórmula matemática. No se puede establecer una teoría del juego que asegure buenos corolarios. No existe.

Ni siquiera la adhesión de un equipo se mide en esos parámetros. El mejor ejemplo son aquellos clubes que nunca ganaron un campeonato o no despliegan cataratas de habilidad dentro de un campo, y sin embargo mantienen cierto caudal de hinchas. Es que en lo profundo, el fútbol es una mezcla de todo esto: estilo, resultados, y fundamentalmente identidad. El hincha va a la cancha a ver a su equipo. Quiere que gane, pero el resultado no es determinante. Lo determinante es la existencia de ese ideal. La existencia de ese contenedor de identidades que son los equipos de fútbol.

Por ello es que este ensayo pretende entender procesos y no determinar verdades. Este rastreo por la historia y origen del fútbol argentino es uno más, desde un punto de vista y con una mirada particular. Como dice Arquetti “*No hay ninguna sociedad que funcione*

sin algo ideal. Entonces el ideal puede ser algo que lo vas a conseguir en el futuro o algo que tenés en el pasado que lo has perdido. Es un mecanismo normal. No hay ninguna sociedad que no tenga niveles de lo ideal, que funcione sin ideales”

En el fútbol argentino existen desde hace medio siglo dos discursos extremos que intentaron imponer un ideal futbolístico. Pero la diferencia esencial entre las discusiones de los años ‘20 y ‘30, y las contemporáneas es que antes se estaba debatiendo una identidad socio histórica futbolística por sobre todas las cosas. Pero en los últimos 50 años se estuvieron discutiendo sólo tácticas y estrategias. Cada derrota sufrida por un determinado imaginario era motivo para que la construcción antónima se apoderara del discurso dominante. Así es que a partir del recordado desastre de Suecia (la selección argentina de fútbol quedó eliminada del Mundial de 1958 en primera ronda y con resultados en contra muy abultados) se cambia de modo de pensar y de jugar según el resultado obtenido. Y se dejan de lado cuestiones más profundas que tiene que ver con la identidad. Como se dijo anteriormente, el resultado y la estética son importantes en la conformación de identidades. Pero no son determinantes. Si se vuelven dominantes el debate adquiere un carácter monológico, reducido a una sola verdad, y pierde su aspecto dialógico, la convergencia de discursos. En este sentido se repite, en lo futbolístico, lo que Shumway plantea respecto de la historia social y económica argentina. “La nuestra” es la cristalización de un tipo de ficción orientadora que en su momento se impuso por sobre otro tipo de discursos. *La Argentina es una causa dividida contra sí misma. Si bien las crisis recurrentes del país tienen, obviamente, muchas causas y explicaciones, no puedo evitar el sentimiento de que los mitos divergentes de la nacionalidad (en este caso el fútbol) legados por los hombres que inventaron la Argentina siguen siendo un factor en la búsqueda frustrada de la realización nacional.*

Como proposición básica de este ensayo se puede afirmar que “la nuestra” existió como un discurso fundante del fútbol argentino. En un momento de búsqueda de identidades nacionales, de homogeneización territorial, fue funcional a un tipo de construcción de lo real (lo que deja abierta la posibilidad de que existieran otras construcciones). Lo equivocado es trasladar ese concepto hasta la actualidad sin redefinirlo. Sin pensarlo desde otras realidades y desde otros discursos. Y deliberando acerca de como nos interpelan las disímiles construcciones

de lo real.

Tal vez no exista hoy un ser argentino. Tal vez tampoco existió nunca. Y que no se toma peyorativamente, sino analíticamente. Quizá, simplemente, las conformaciones nacionales son discursos a los que se adhiere masivamente sin otros basamentos concretos que la creencia, el sentimiento. Como arenga Scalabrini en el comienzo de “El hombre que está solo y espera” *¡CREER! he allí toda la magia de la vida.*



Publicaciones del Grupo Interamericano de Reflexión Científica.

N° 1—*Los Caddies en Argentina. Situación, problemas, desarrollo, capacitación y escuela.*—
Dra. Carolina Leone y otros.

N° 2—*Capitalismo, globalización y espacio público*—
Lic. Carina Mas

N° 3- *Análisis de una Institución educativa privada de la Ciudad de Buenos Aires*—
Dra Elizabeth Baggini y Lic. Patricia Dau.

N° 4—*Habilidades manuales en los estudiantes que cursan ortodoncia*—
Dra. Elizabeth Baggini

N° 5- *Los caminos del poder político en educación*—
Lic. Liliana Cignoni

N° 6—*El estilo del fútbol argentino. ¿Cuál es la nuestra?* -
Lic. Eduardo Freddi

N° 7—*Clínica de patologías orgánicas.*
Lic. Graciela González Saldain

N° 8- *Hacia una aproximación a una clasificación de medio.*
Lic. Daniel do Campo Spada

N° 9- *Clínica de la Patología Borderline.*
Encuentro en la clínica con un paciente fronterizo
Lic. Graciela González Saldain